

POZO DEL TÍO RAIMUNDO

Pozo por el agua, que permite un descanso a campesinos y a las bestias camino a las huertas de la ribera del Manzanares; del Tío Raimundo por el asturiano que, a finales de los años veinte cambia el caserío en las praderas de la Asturias montañera, por un caserón en lo más inhóspito del fin del mundo de Madrid.

Pozo del Tío Raimundo, sólo un nombre entonces y mucha historia después, cuando a finales de los cuarenta, como acudiendo al reclamo campesino, al caserón de Reguera de Tomateros se le van uniendo alrededor unas cuantas chabolas, algunas casitas esparcidas, y todas ellas cosidas entre sí por los costillares, como mejor soporte solidario ante la fragilidad de su arquitectura.

No era todavía Madrid, ni siquiera sus aledaños, pero era ya tesón y era ya camino. Era algo así, como media hora de barro hasta las puertas de los confines de Madrid, donde terminaba el cemento y empezaban los trigales. O tres cuartos, hasta la fuente de la Huerta del Hachero, con la cántara del agua apoyada en los riñones y, andando los días de lluvia, saltito a saltito para pisar en anteriores pisadas. O la hora andando vía adelante, arrastrando el cuerpo más con la necesidad y por la fiebre que con las piernas, si se trataba de médicos y boticas. O la caminata hasta el Puente de Vallecas, a la compra; generalmente los sábados, a la salida de la obra, para dejarse hasta el último duro en algo de comida, un poco de picón para el brasero y algunas pesetas de carburo, que al estilo minero, no era capaz de alumbrar más allá de la penumbra con su temblona llamita, y que en su paseo por la chabola, taponaba la nariz y la garganta con su masticable olor agridulce.

Era, aquel Pozo en invierno, barro y barro. Presidiéndolo todo, pegado a los zapatos y a la piel. Era como barro propio. Cansinamente familiar.

Años de vencedores y humillación de vencidos; de cárceles repletas de los derrotados; de mujeres de media España con la cabeza rapada a modo de escarnio y escarmiento, ante el regocijo de los caciques y las bendiciones del clero en las plazas de los pueblos, como si quisieran así hacer penetrar mejor en las cabezas el rosario de discursos huecos de imperios patrioterros; de destinos universales; de un solo Dios para todos los credos; de vencedores y vencidos, para unirlo todo en la mayor de las orgías de oscuridad mental.

Años de camisa azul pardo y brazo en alto por decreto. Y de mucho miedo en los pueblos, con plazas en las que los caciques con regodeo deciden en una especie de

ruleta que siempre toca a los mismos: rojos de pensamiento propio, o de parentela, o simplemente de sospecha, quién dentro del hambre general, pasa más: tú sí, tú no trabajas. Y de campos a falta de abonos y sobrados de sol que producían cosechas de hambre que se enseñoreó de los pueblos y penetró casa a casa.

Y el hambre desespera y pone marcha a los pies de miles de campesinos camino de las ciudades en busca de trabajo y comida, y en muchos casos, de un cierto anonimato que proporcione una pequeña libertad, dentro de la libertad asfixiada por la huella de la bota militar hecha a la medida de España.

Campesinos andaluces, manchegos y extremeños, que en su huida del hambre, quieren grabar en su retina los campos rubios por los soles de agosto, encorvados por la cintura, sin levantar los ojos de la tierra como si debieran pleitesía; hechizados quizá ante el mimo con que el trigo agacha su cuello para ser cercenado a golpe de sudor y seguidilla. Entran en riadas en el Madrid organillero y tranviario de los cincuenta. Primero acomodándose en pensiones cutres de olor a refrito y a café de recuelo, y llenando sus paredes de recuerdos y deseos, que fueron la antesala de alguna chabola en los alrededores madrileños: Orcasitas, Palomeras, San Blas...

Pozo del Tío Raimundo. Un enorme campo de garbanzos y trigales, pero que junto al trigo, va creciendo otra simiente que le roba terreno palmo a palmo y que produce cosechas de carambuco y barro.. Días de esperanzas y de miedos, de solidaridades y carreras. Carambuco a carambuco una consigna: ¡techar!. Se haga lo que se esté haciendo, siempre es la palabra, ¡techar!. Machaca las mentes y se repite hasta el infinito; techar para que la Guardia Civil no tire la chabola. Pozo solidario. Manos cansadas que, después de jornadas agotadoras, se unen en la clandestinidad de la noche para levantar entre todos una nueva chabola. Uno más. Un nuevo campesino vecino.

Un día cualquiera del 55 lo vieron las mujeres y lo contaron a los hombres a la vuelta del trabajo: “hemos visto a un cura con la sotana remangada haciendo una zanja. Dicen que para una nueva iglesia. Seguramente estos pensaron que, en aquel día lluvioso y por arte quizá de la desesperación, las mujeres podrían haber enloquecido. Y aquella noche, a la temblona luz del carburo o del candil y, posiblemente hipnotizados con el sonsonete de alguna gotera en su golpeteo absurdamente rítmico, recordaron lo que conocían de los curas. Y pensaron de todo. Pero lo que es trabajar...trabajar...y de pico y pala...

Pero lo vieron. Comprobaron como terminaban una chabola solo un poco más grande que las demás, pero con ciertos aires de distinción. Quizá por su pequeña campana

sujeta en lo alto del tejado por dos postes a modo de campanario. Quizá por la estatua de la Virgen, que posiblemente solidaria por las estrecheces del interior, quiso estar afuera, en una pequeña vitrina en la fachada. Chabola seguramente distinta por sus funciones. A veces iglesia; siempre centro de reunión... Punto obligado de referencia. Y entre misas latineras y algún Pater Noster, primeros embriones de organización de los vecinos.

Capilla Vieja y Padre Llanos, Septiembre del 55. Llanos y Pozo juntos. Mano a mano. Como enfebrecidos por el virus de la esperanza, emprenden una frenética carrera de rebeldía contra las condiciones de vida tan sumamente duras, propias del abandono más absoluto. Y hacen que se perfíle la necesidad de agruparse aún más, de crecer, de hacer barrio, de levantar la cabeza y proclamar la dignidad de pueblo trabajador. Pozo del Tío Raimundo marginado entonces. Jamás marginal. Ni un solo momento, ni siquiera en los de mayor desesperación. Con la conciencia siempre clara de que su situación no era la de abandonarse en la marginalidad.

Y empuja siempre hacia delante, como la mula de Salcedo, el aguador, que arrastra el carro con la cuba, unas veces a golpe de riñón en duro desafío con el barro, otras con el cansino trote de la rutina. Ya hay agua más cercana. A granel y a domicilio. No es todavía corriente ni suficiente; pero es ya el preámbulo de un depósito en forma de chabola iglú que con sus siete caños trae la vida. Donde hay agua hay vida. Y barreños de cinc para todo, para lavadora a base de restriego en la tabla de lavar, o llenos de agua puesta a calentar al sol o en el fogón de bolas de carbonilla para bañar a los niños, o para lavarse algún que otro bajo de forma más recogida. Barreños cosidos a parches muchos de ellos, por los maestros de la tecnología a domicilio de entonces : los paragüeros lañadores que junto a los afiladores y los colchoneros eran las visitas que con sus soniquetes anunciadores, con su olor a estaño y azufre o con la paliza a los colchones a barazo limpio para desapelmazar la borra que hacia las veces de lana; y que rodeados siempre de niños, ponían una nota de colorido y cercanía como anunciando que era posible atravesar los campos de trigales y hacer un viaje de venida al Pozo; no solo de la ida y vuelta obligada del trabajo.

Y vienen. Vienen los primeros maestros y se hacen escuelas. Algunas son chabolas un poco más grandes, otras barracón de madera; pero todas ellas punta de lanza. Escuelas que entre el Catón y las tablas de multiplicar iban forjando niños a los que empezaba ya a asomar el puño en alto.

Años en los que el Pozo comienza a asentarse, a extenderse y agrandarse a pesar de la persecución y de la prohibición de construir más chabolas. Años de reafirmación de barrio y de actividad frenética; de ir configurando las calles, de llenarlas de carbonilla apisonada, de ir haciendo pozos negros para el alivio de las tripas cuando se ponían violentas y no tener que acudir a los trigales o a la vía del tren como aliviadero.

Años de leche en polvo americana que no se sabía bien si se bebía o se masticaba, por los grumos que se formaban al tratar de diluirla con agua, o del queso amarillento, insípido y atragantable cuando se hacía una bola en el paladar.

No se pasaba hambre... hambre ya en el Pozo. Necesidad si Cabeza Buque dame un cachito chocolate. El padre del Cabeza Buque trabajaba en la Renfe y era el único niño que de vez en cuando se relamía merendando con una onza de chocolate, duro como una piedra, y que traía su padre del economato ferroviario. Los demás, hoyos de pan con aceite y azucar o sal, y un plato más o menos abundante en la comida y en la cena: garbanzos, judías, patatas o arroz, sin más variedad ni fantasía gastronómica que la propia que produjera el hambre y las ganas de comer

Pozo generoso. Ayuda fraterna. Un cuartito, donde Horacio González, el Alcalde del Pozo repartía a los más necesitados lo que conseguía el Padre Llanos: lo mismo un tazón de arroz o de garbanzos, una manta o a veces algún trapillo con el que hacerse un mandil, una bata o, hasta con un poco de fantasía algún vestido.

Pozo democrático. 1956 Horacio González. Juicio sumarísimo después de la guerra y condena a muerte que llevó pegada a la piel durante muchos años. Cárcel de Santoña, donde moría un poquito cada noche en la triste espera de ese incierto amanecer fusilero; para cada mañana, desde su celda, dejar volar el alma y escaparse con las gaviotas a recorrer los mares camino de su serrano Martos. Cárcel, donde quiso beberse la vida en el suspiro cuando le cambiaron la pena de muerte por treinta años de presidio. De momento vivo. Por fin indulto, destierro y con un puñadito de libertad a Madrid, al Pozo.

Seguramente primeras elecciones democráticas celebradas en nuestro país después de la guerra civil. Un bar del Pozo, un sombrero para depositar las papeletas y Horacio González es elegido Alcalde del Pozo del Tío Raimundo. Y así es reconocido y respetado por todos los vecinos, menos por el entonces Alcalde de Madrid, el Conde de Mayalde, que se quedó estupefacto en una visita que hizo al Pozo y el Padre Llanos les presentó: aquí el Alcalde de Madrid, aquí el Alcalde del Pozo.

Finales de los cincuenta, carrera frenética de superación, siempre tirando para adelante, siempre en positivo. 1958 veinticuatro de diciembre. Noche Buena. Se apagan definitivamente los candiles y carburos. Llega la luz al Pozo. Queda todo sembrado de postes de madera viejos y de una interminable maraña de cables, pero ya hay luz eléctrica, distribuida por los propios vecinos que crean una cooperativa de suministro, y que pone de los nervios a las Administraciones que han expropiado los terrenos y ven como el Pozo se afianza cada día más, y a las grandes Compañías que ven como un enano llama de tú a un gigante.

Capilla Nueva. 1959. Iglesia, Colegio, Escuela Profesional, Comuna de Trabajadores Inmigrantes, Talleres... Centro y punto de referencia ya de todo.

Misas los domingos a las nueve para beatas, a las doce para creyentes y a la una para creyentes y ateos que debaten evangelios y consignas revolucionarias. Se va forjando a pasos agigantados un ambiente de lucha por las libertades. Al Pozo y a Llanos, le faltan todavía muchas cosas por hacer para conseguir una vida de barrio digna, pero ya ven con absoluta nitidez que no puede haber dignidad sin libertad y se lanzan a tumba abierta, otra vez, ahora junto a los que caminan hacia el derribo de la dictadura franquista

Pozo del Tío Raimundo, punto de referencia y emblema de la lucha por las libertades democráticas. Años sesenta. Vanguardia Obrera, la HOAC, la ORT, BANDERA ROJA, LA LIGA COMUNISTA, EL PCE. Todos en el Pozo. Todos enfebrecidos con debates revolucionarios alrededor de la Capilla Nueva: universitarios, intelectuales trabajadores. Todos aprendiendo. Era el momento de cambiar el mundo empezando por el derribo del dictador. Tiempo de clandestinidades, de miedos y de carreras, de octavillas lanzadas por las noches que hacían amanecer las calles en forma de alfombras blancas reclamando libertad.

Años de Comisiones Obreras que se sentían seguros reuniéndose y organizándose en el Pozo, ya que este era como un punto de referencia de barrio rebelde casi dejado por imposible; cosa que permitió el desarrollo de un movimiento social, intelectual y político de una gran altura. Tenía el Pozo, por aquel entonces, un trajín enorme de ir y venir de la cultura comprometida, para ver, para debatir, para consultar, sobre todo con Llanos.

Todos bienvenidos al Pozo, menos Franco, que en mil novecientos sesenta y uno lo visitó para inaugurar una colonia de viviendas hechas los domingos por los propios trabajadores. El Padre Llanos no quiso recibirle y se fue de excursión con un grupo de

jóvenes a la sierra de Guadarrama. Mucho cura el Padre Llanos, que vino al Pozo camino de Dios, tropezó con el hombre y fue cuando verdaderamente creyó. Vino a evangelizar y terminó evangelizado por el pueblo, asumiendo hasta lo más profundo de sus postulados, de cura jesuita a cura comunista.

Pozo mas organizado. Mil novecientos sesenta y nueve. Nace la Asociación de Vecinos y todo el barrio se agrupa en torno a ella. Comienza una lucha reivindicativa imparable. Asfalto de calles, agua corriente, arreglo de las casas hasta irlas convirtiendo de chabolas a casas bajas similares a las de los pueblos, protestas y reclamación de servicios públicos casi inexistentes.

Asociación y Pozo, ya de la mano para siempre. Guiada por aquel entonces de una manera magistral por aquellos niños de puño en alto que forjaron los primeros maestros, ya jóvenes, y por algunos jesuitas noveles, que vinieron alrededor de Llanos y fueron abandonando poco a poco los misales cambiándolos por la hoz y los breviarios por el martillo.

El Pozo del Tío Raimundo, es lucha y lucha. Así se entabló durante toda la década de los setenta con manifestaciones, carreras, asambleas, protestas encierros, movilizaciones, hasta conseguir la transformación definitiva de su fisonomía: pasar en un proceso ejemplar y posiblemente irrepetible, de un barrio chabolista a otro espléndido, luminoso, diseñado ladrillo a ladrillo por sus vecinos, ilusionante y tolerante durante su transformación ya que se construía lo nuevo sobre lo viejo y unos tenían vivienda nueva antes que otros.

Pozo del Tío Raimundo siempre solidario, tolerante y rebelde depende del caso y del momento, integrador, luchador infatigable por las libertades y por su dignidad de barrio trabajador. Ahora, cuando respiraba algunos años de sosiego, el terrorismo ciego lo señala como punto de referencia de la destrucción y de la muerte.

Pozo 2004. Barrio entristecido que tendrá que echar mano de su historia, de su coraje, de su firmeza, de su talante, y apretar los dientes y comenzar de nuevo a vivir.

Agustín Zamora. 2004

Texto para el libro 11 M “Palabras para el recuerdo”